

ARIEL
DORFMAN

EDIPO ENTRE LOS ÁRBOLES

La realidad suele ser más cruel y minuciosa que los diccionarios.

Si se consulta a un diccionario cualquiera para ilustrar el sentido de la palabra “desaparecer”, encontraremos casi siempre que los ejemplos se concretizan en objetos: desaparecen los guantes de la marquezita, desaparece el sol por el horizonte, desapareció repentinamente el fantasma.

En la realidad, en cambio, y especialmente en aquella dura geografía que se llama realidad latinoamericana del cono sur, lo que desaparecen son —increíblemente— las personas, los seres humanos.

Miles y miles de hombres y mujeres y hasta algunos niños. Ni guantes, ni fantasmas. Personas. Y no es que algún hombre se haya entusiasmado con una lejana y escurridiza hembra, abandonando la familia propia. Ni incluye aquella cifra a marineros que se hayan hundido con sus naves, y cuyo retorno se espera inútilmente en las noches. Ni a andinistas perdidos entre las nieves ciegas de la cordillera. En absoluto. La policía secreta de Chile, de Argentina, de Uruguay, como ocurría hace poco en la Nicaragua de Somoza y hace mucho en la Cuba de Batista, se lleva a la gente y luego niega su apresamiento. Como si no hubiera bastado con las investigaciones irrefutables de comisiones internacionales de todo tipo, con las denuncias fundamen-

tadas de las Iglesias, con los testimonios de una numerosa parentela, en el último tiempo han ido descubriéndose en Chile una serie de cementerios secretos. Los gobernantes, por supuesto, siguen rechazando toda responsabilidad pasada o futura en esas masacres. La siguen rechazando pero simultáneamente amnistían a los asesinos e impiden los funerales.

Frente a esta situación, la pregunta es inevitable: ¿se puede hacer algo por los desaparecidos de estos países? Quiero decir, algo más que protestar, firmar peticiones, apoyar a los familiares en huelga de hambre, solidarizarse con las asociaciones de derechos humanos, mandar personalidades extranjeras para que exijan una investigación a fondo. ¿Podemos hacer algo más específico, nosotros, como escritores, podemos hacer algo —por darle un nombre— algo más *imaginativo*?

Quisiera dar dos ejemplos de posibles acciones frente a este escándalo que sufren tanto los reprimidos como los que contemplamos tales desmanes.

El primero proviene del campo de la literatura.

No es difícil hoy en América Latina, desafortunadamente no es difícil imaginar el argumento de la siguiente novela.

Una mujer ha sido secuestrada por militares. El país puede ser Chile, podría ser Argentina o Uruguay, elijan ustedes. Y si se sitúa en un pasado no tan remoto, podría ser cualquier otro país del continente. Ella tiene poco que ver con la resistencia. La tomaron, por diversión o por casualidad, porque su marido es un revolucionario, y a él no le han podido encontrar. Al momento de llevársela, ella estaba embarazada de cinco meses. No era su deseo tener un hijo, pensó que las actividades del marido no permitían garantizar una vida segura para la familia.

Tenía razón. Pero esa razón no impide que cuatro meses más tarde, las inapelables leyes de la biología fuerzan a su hijo, un varón, a nacer. Claro que se lo quitan de inmediato, de acuerdo con otras leyes igualmente inapelables, las de la guerra. Si quieren que esta historia sea más infamante, supongamos que ella no muere, aunque, si le va a ocurrir lo que anticipamos, la verdad es que sería preferible para ella no tener que sobrevivir, sería mejor que no la soltaran a las tantas semanas y que no tuviera que contar a su marido la mentira —que ella cree— de que el niño murió en la cárcel.

Porque el niño no murió en la cárcel. Como es habitual en estos casos y en estos tiempos, y basta leer los periódicos para darse cuenta de ello, el bebé fue entregado a una familia de militares para que lo adoptaran y criasen. Me duele pensar en esa mujer de capitán, estéril ella o, peor aún, fértil ella y estéril su marido tan macho y reluciente y poderoso, me duele especialmente pensar en ella, cantando al lado de la cuna del supuesto huérfano. No me pregunto, no se pregunten, si ella conoce la pro-



cedencia del chiquito que comienza a crecer. No me lo pregunto, porque no sé si ella desea averiguarlo, si acaso no preferiría callar para sí misma esa insula de su pasado, que el niño le pertenezca por completo. Podemos conjeturarlos, en todo caso, madre e hijo, podemos evocarlos junto a un fuego, mientras ella teje y levanta los ojos y él juega o estudia.

Estudia, por cierto, la carrera militar.

Igual que su padre adoptivo, juega a la guerra, juega y gana a la guerra. Hará una carrera brillante.

Años más tarde, se encontrará ese niño ya crecido, ya coronel, se encontrará, el destino lo requiere, en algún sótano, en alguna celda, en alguna casa semi-abandonada a las orillas de un río pedregoso que no sueña, con un hombre más viejo. Tiene que sacarle información a ese ser maduro de ojos insostenibles de halcón, tiene que demostrarse implacable y leal. En esa encrucijada de su camino, a ese hombre insolente y envalentonado le aplicará la tortura, a ese hombre lo habrá de matar con sus propias manos. Sin obtener ni un dato. La verdadera identidad de ese viejo queda oscurecida, como un rey magnífico que muere lejos de los manantiales del hogar. Sólo se registrará con el seudónimo que usaba como líder en la resistencia.

No es difícil de concebir que, dentro de poco, a

medida de que sube en ese servicio de inteligencia, pueda acceder —un golpe de estado o de timón mediante— a la jefatura suprema de la nación. Porque ha aprendido, en los anónimos interrogatorios y en la inestabilidad de pantano que los sigue y en las madrugadas sin luz, que hay un dilema de endemoniada respuesta, casi una adivinanza: ¿cómo salvar al ejército del desprestigio aparentemente insuperable que acarrea sus décadas de dominio? Y la solución es menos enrevesada de lo que parecía: hay que intentar un cambio de rumbo, una apertura política, una alianza diferente, un nacionalismo progresista, sin soltar, por supuesto, las riendas del poder.

En este clima, por ende, no sería estirar mucho la credulidad de los presentes solicitarles que acepten el hecho de que en los días previos al golpe, llega al despacho suyo una mujer —bella todavía, fascinante por motivos indecibles, pese a sus años— que busca datos sobre su marido probablemente muerto. Sería mucho que se aceptara que los dos terminan atraídos, propulsados, fundidos, que terminan casándose, sería mucho aceptar este cruce, pero esas cosas —y cosas más tajantes e insólitas— suelen suceder en este mundo. ¿Qué mejor gesto de redención pública, puede dar un soldado de la república sino esposando a la viuda de un mártir de la causa popular? ¿Y cuál no ha de ser la sagaz preponderancia de esa mujer mayor sobre las decisiones de un joven gobernante? Por cierto, ninguno de los dos jamás contará al otro, ni en los espejos más íntimos, lo que ella vivió en la prisión, los recuerdos que la agobian de un niño que le arrebataron, lo que él hacía en sótanos, en casas semi-abandonadas, en celdas, los ojos audaces y helados de un viejo que lo calaban desde la oscuridad y afuera un río de piedras que no quería sonar.

Pero no es necesario rastrear esta historia hasta esta última vuelta de la tuerca. Para qué forzar el argumento de esta novela hipotética que quizás nunca vamos a tener el coraje de escribir. A la madre la podemos dejar muerta en el momento de dar a luz, para qué ser más crueles, para qué imponerle el relampago de una revelación que no podrá eludir.

Retengamos más bien de este Edipo del cono sur el asesinato de su propio padre, el servicio a una causa opuesta a la de sus orígenes y banderas. Retengamos la división de la sociedad en bandos hasta tal punto antagónicos que posibilitan, casi requieren diríase, —aunque más no sea en la ficción malsana que entretejemos a nuestro pesar— tales aberraciones. Retengamos una esfinge en cada habitante que pregunta, y de esta, ¿cómo salimos?, y esta juventud, ¿cómo la conservamos a la vez que se transforma en madurez?, y ¿cómo salir del subdesarrollo sin los militares y cómo salir con ellas, con ellos y sin ellos, cómo salir? Y el laberinto de respuestas contradictorias que conducen a un monstruo. Retengamos la plaga que desciende so-

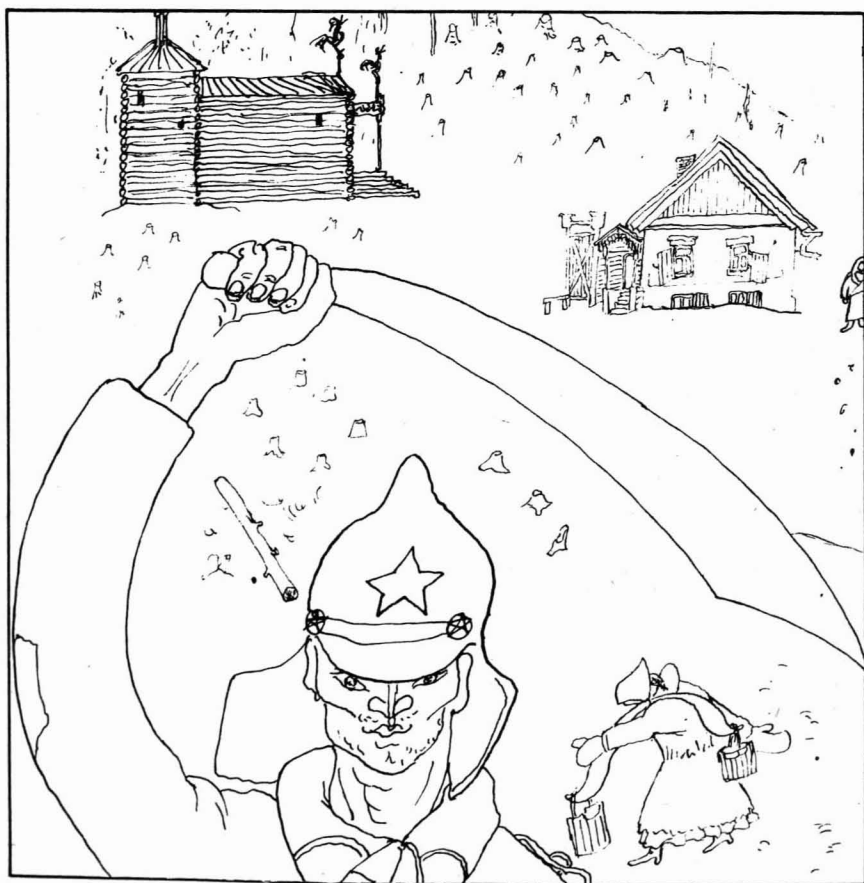


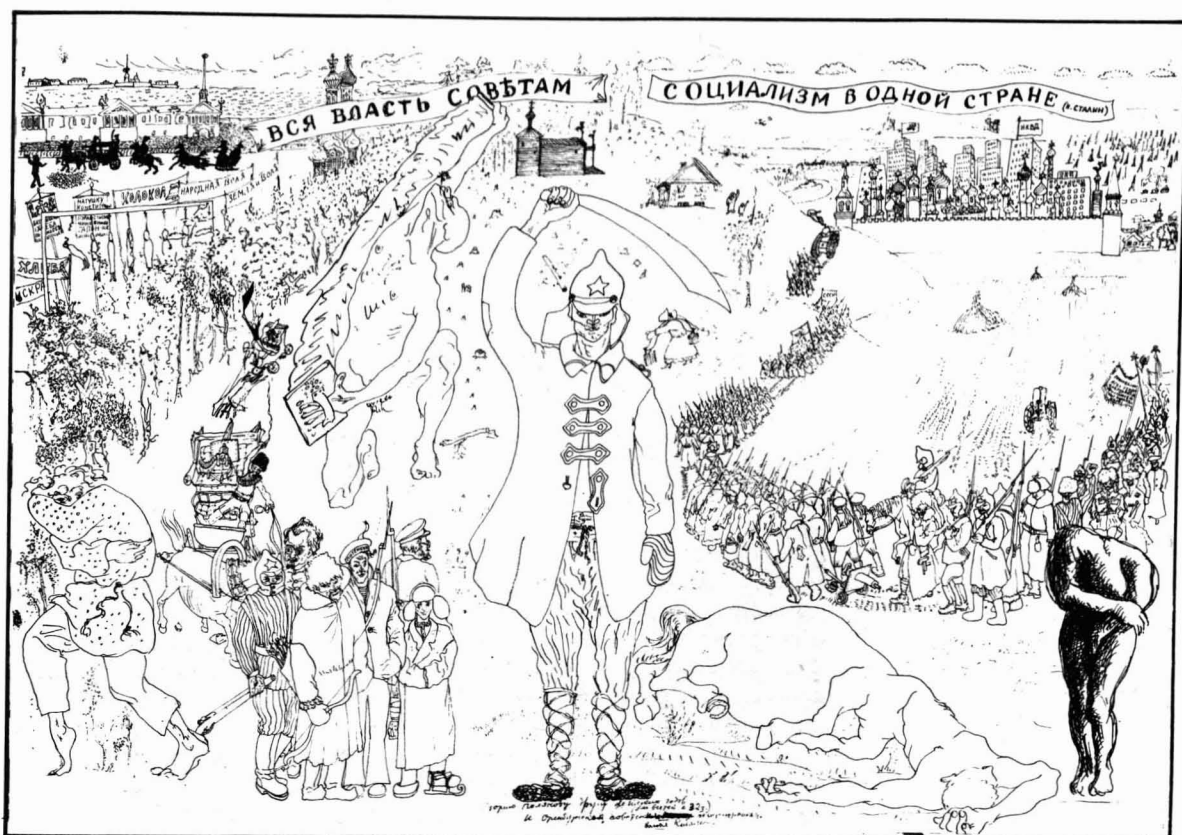
bre el país, sobre nuestro continente, y pónganle a la plaga el apellido que quieran, basta con salir a los cerros y a los intestinos de América Latina para acertar con la enfermedad pero no con los senderos de su solución, y luego un Tiresias que profetiza sin miedo al poder temporal que sólo cuando se encuentre y se castigue al asesino del viejo revolucionario, cuando el pasado haya sido asumido con plenitud, sólo en ese instante inestable de trapezio, podría haber paz y buenas cosechas que alcancen para todos. Y sólo algún Tiresias indómito podría saber cuántos sótanos, cuántas celdas, cuántas manos en el gatillo, en el salitre y entre el banano y más acá del café, cuántos gatillos en la mierda de los niños sin pan. Retengamos que en algún momento ese gobernante tendrá que investigarse a sí mismo, qué familia y tribu y raza, cuál semilla, hacia dónde la genealogía, es la suya, tendrá que preguntarse, quizás cuando sea demasiado tarde, dónde debían haber estado sus verdaderas lealtades, ese jefe supremo arrancándose los ojos para no seguir generando el mundo, para no mirar los hijos condenados a la esterilidad.

Retengamos, sobre todo, que algo muy tremendo ocurre en América Latina, ocurrió desde hace siglos, sigue ocurriendo, para que podamos construir una pesadilla como ésta, a partir de circunstancias tan inverosímiles y tan probables. Dos mil

quinientos años después de que los griegos temblaban en los anfiteatros de su península, y un viento remecía los ropajes de los actores desde las montañas, en nuestra América brotan tragedias diarias igualmente salvajes y líricas. Hace unos treinta años atrás, el gran novelista cubano Alejo Carpentier propuso que el término "real-maravilloso" le venía bien a la producción cultural de nuestro submundo, y las décadas que han pasado desde entonces le han dado la razón. Pero hoy, quizás, ha llegado el momento de converger hacia otra denominación, apenas irónica, del género que se recrea en nuestra América: lo "real espantoso". Retengamos, entonces, que para nosotros, hoy, aquí, los sacrificios, las venganzas, la violencia mitológica de los aborígenes de la cultura humana, pueden llegar a ser una parte cotidiana de una realidad indementible.

Si yo he podido bosquejar los hilos de tal fábula, si tales delirios se presentan para ser tartamudeados, si mis manos se atreven a transcribir estos horrores miles de años después de que otros oídos los tuvieron que conmiserar, no es por un mero ejercicio de la ingeniosidad o para alimentar benevolentes elucubraciones académicas sobre la relación entre nosotros y Sófocles. Tales inventos me poseen porque es así como sentimos hoy por hoy la pestilencia que nos aflige. Y porque creo que la literatura puede cumplir una función frente a estos excesos, a estas atmósferas de fractura, a este rompecabezas en que algún poder incontrolable nos quiere torcer. Escribir es una respuesta, una de las respuestas para acercarnos a la verdad y exorcizarla. No se trata tan sólo de reducirnos a denunciar este tipo de inhumanidad, aunque la denuncia de un escritor muchas veces logra atravesar umbrales donde otras voces suelen no llegar. No se trata tampoco de fundar nuestras ficciones o de pesquisar nuestros vocablos exclusivamente en los estímulos inmediatos que nos sofocan, aunque nadie negaría que la barbarie circundante, que malcrece al alcance abundante de la mano, puede ser una fuente fecunda. No quiero dar recetas sobre cómo el escritor debe responder a este desafío ni quiero transformarme en el parásito del infortunio ajeno. Lo único que no me parece justificable es que nuestra literatura contemporánea suponga que eso no esté sucediendo, que no lo tome en cuenta dentro de sus coordenadas. Hay fundamentos ocultos, interiores y sociales, emocionales e irracionales, históricos y externos, que consienten tal estado anormal, más anormal porque la conciencia del problema termina endureciéndose hasta ser costumbre, hábito, cliché. Hay que perturbar y explorar el lenguaje que acepta tanto al monstruo como la máscara con que los demás lo quisieran cubrir, como quien pone vendas a las grietas de un espejo. Remover y acaso dinamitar la tranquilidad de superficie en que los lectores se parapetan, y hacerlo sin alardes de propaganda, sin recaer en las sectas o los dog-





mas, asumiendo toda la compleja multitudinaria erosión de lo que nos pasa, he ahí uno de los caminos que la literatura latinoamericana puede tomar, frente a los desgarros que escinden a quienes deberían ser sus lectores, y que si no lo son, serán los padres y madres, los bisabuelos, de sus lectores futuros, es decir, tenemos que purificar el lenguaje para que las palabras tan trilladas y opacas, las palabras tortura, desaparición, el hombre se acercaba a la mujer con un instrumento de dentista en la mano y el hombre sonrió cuando ella cerró la boca, para que esas palabras y tantas otras puedan renacer con toda la lujuria y el eclipse de su dolor, limpiar los desfiladeros del corazón como otros limpian las calles para que podamos salir a respirar en las madrugadas, ensuciar la falsa limpieza del corazón como otros cargan de verduras y cáscaras los escaparates para que podamos almorzar en compañía de nuestros amados. Aceptar que esto que ocurre nos está ocurriendo a nosotros, y preguntarnos —es algo que ninguna literatura puede rehuir— ¿qué responsabilidad tenemos nosotros en todo este silencio?, ¿cuáles son las condiciones de un fascismo interior sin el cual ninguna dictadura podría subsistir?

Porque la literatura tiene esa capacidad: entregar la espesa, densa transparencia en que nos asfixiamos, el tremedal de historia y relojes descompuestos y mapas que nos hacen soñar traiciones y amparar esperanzas. Y en estos procesos de auto-comprensión, tratando de rescatar una brisa aun-

que fuera de dignidad y rebeldía, podamos a menudo transmitir a públicos extranjeros lo que significa vibrar y ser vibrado por todo esto, encontrar los personajes, las metáforas, las ventanas, que los trasladen durante una fluctuación en la feroz resaca más allá de la indiferencia y la lejanía. Nuestra cultura tiene esa capacidad, y ojalá la sepa ejercitar. En el caso de los desaparecidos, en lo que a mí se refiere, por lo menos, no se trata de asomarnos a algo ajeno, a un drama que padecen otros. Es posible que, sin los ultrajes y oscuridades del exilio, sin los humillantes trámites en idiomas que desconozco, sin la derrota cotidiana de respirar de segunda mano y de leer el nacimiento de los sobrinos por carta y despedirse de los abuelos que se mueren por cable o por teléfono, sin la persistencia de ciertas campañas que nadie ha podido acallar, es más que probable que yo no hubiera perseguido el eco de los desaparecidos como lo he hecho en estos años, con obsesiva, ansiosa pasión, con la certidumbre de que ese modo en que ellos y sus familias tienen de morar encierra una clave de la condición humana en este siglo. Mal que bien, la manera en que los parientes, para poner un caso, rememoran y recrean aquellos seres tragados por la noche y por cuatro hombres en un auto sin patente, se asemeja a la lucha por el recuerdo que todo desterrado —y no somos pocos— debe iniciar desde el momento en que deja atrás la comarca natal. A todos por igual nos han robado el país, nos están robando las

esquinas y hasta el aire quieren vender, ese aire que Neruda juró no podía ser embotellado. En el trasfondo, entonces, de la desventura de este drama extremo, intuimos una dimensión significativa que trasciende los problemas de quienes, después de todo, y siempre según los voceros oficiales, no constituyen más que una ínfima proporción de los habitantes. Tal vez por eso, debido a que nuestro continente mismo me parece siempre al borde de la extinción, a punto de hundirse en el olvido, amenazado con sobrevivir con la distante palidez rencorosa de una de esas provincias asiáticas o africanas de Roma en tiempos de otro imperio, tal vez porque somos todos nosotros quienes desaparecemos cuando uno de nosotros es sometido a ese vejamen, tal vez debido a esto, se podrá entender que considero insuficiente la respuesta meramente literaria al asunto.

En el contexto del subdesarrollo, e incluso por fidelidad inmovible hacia las consecuencias que extraemos de nuestras propias visiones y aventuras del pensamiento, no es imaginable que un intelectual acepte quedarse recluido en la ascética influencia, por vasta que sea, de su obra. Este no es el lugar para discutir las relaciones, complejas si las hay, entre arte y política en países hambreados y analfabetos como los nuestros, donde el poder de la palabra está tan desigualmente repartido. He

querido dar un ejemplo, con la historia de un Edipo contemporáneo, de cómo podría ser factible influir en la conciencia política desde el arte, sin subordinarse a las exigencias inmediatistas de la propaganda. Ahora quisiera, entonces, probar que también es posible, aunque menos frecuente, hacer arte desde la política, es decir, actuar con la realidad como si se tratara de algo modelable por la imaginación y las emociones, que es posible intervenir en el trabajo político en torno a los desaparecidos utilizando toda nuestra poesía y toda nuestra convicción.

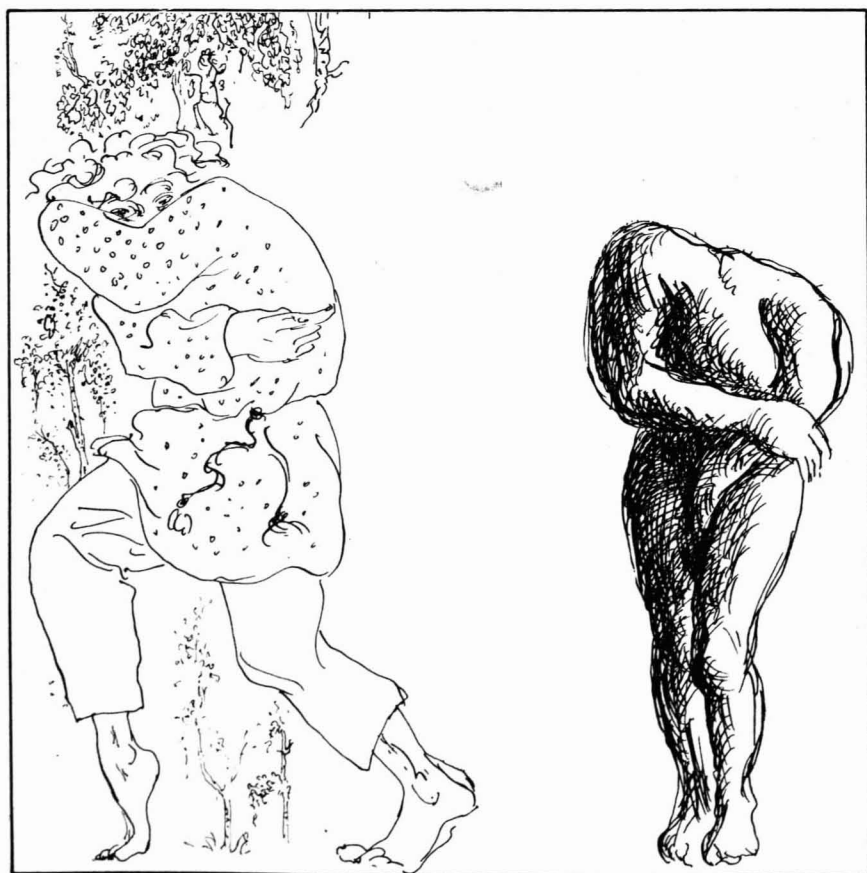
El año pasado, a principios de abril, visité Pittsburgh. Pensé que encontraría a la población presa del pánico, ensayándose escafandras de oxígeno y a punto de abandonar sus hogares de un momento a otro. Mal que mal, apenas 500 kilómetros nos separaban del traspie nuclear de *Three Mile Island*, y con el viento que caía —huracanado, para colmo— sobre la costa Este de Norteamérica, cualquiera pensaría que la contaminación radioactiva iba a transparentar y devorar ese aire —ya bastante oscurecido por el smog— dentro de poco.

Nada de ello. En breves y valientes incursiones, pude comprobar, fiel encuestador, que los pacíficos ciudadanos de esa parte de Pennsylvania estaban más interesados en la apertura del “baseball season” o de los Oscars que se otorgarían en unos días más. Si podían abstraerse de un trauma tan próximo, de un reactor atómico defectuoso, con la misma ligereza con que han enterrado la guerra de Vietnam, ¿qué posibilidades hay, me preguntaba, de que problemas aparentemente más lejanos, como los nuestros, logren infiltrarse hasta sus pulmones?

En una sola ocasión, sin embargo, me topé con una residente local que tocaba ese asunto, por lo menos, en serio.

Fue en un ascensor. La muchacha que subió exhibía uno de esos llamativos y redondos botones metálicos, donde antes las mujeres solían llevar una flor o una tímida trenza. Maniobrando, torciendo el pescuezo, era factible leer el mensaje en las letras psicodélicas: SOLAR EMPLOYS, NUCLEAR DESTROYS. Como ella no podía sino registrar mi torpe curiosidad, me demandó con osadía si estaba de acuerdo. No era el momento para entrar a discutir las sutilezas del caso. El slogan, de execrable rima, era ambiguo: mientras trasuntaba ese indefinido asco utópico al progreso industrial que siempre me ha parecido sospechoso cuando proviene de sus inconscientes beneficiarios en los países occidentales, a la vez era clara y tajante su vocación pacifista, su amor a la vida. Así que moví un poco los hombros y apreté el botón del LOBBY y le dije que sí, que en general sí, yo estaba por el sol.

—¿Y qué ha hecho usted para que las cosas mejoren?— exigió ella, agarrando confianza. Los entusiastas del sol debían ser escasos en Pittsburgh.



Como no era el momento para contarle la historia de mi vida o el coraje de mi pueblo, le contesté lo primero que se me vino a la cabeza:

—Arboles— le dije a la rucia ecológica. Estamos plantando árboles.

Y en efecto, estamos plantando árboles.

Se trata de árboles por los desaparecidos en Chile.

En Amsterdam, en un parque de la ciudad, se prepara —bajo el cuidado del alcalde— un bosque en que cada mata llevará el hombre de alguno de los hombres y mujeres que se encuentran desaparecidos en Chile. Otros parques seguirán este ejemplo en diversas ciudades del mundo.

Porque desaparecer es algo más que perder la vida, la libertad, el trabajo. Es algo más decisivamente diabólico: a esas personas se les está robando también un derecho tan antiguo como el *homo y mulier sapiens*, y por el cual se martirizó Antígona, sí, en efecto, la hija de Edipo, hace tantos siglos en un drama griego que nos sigue emocionando hoy: el derecho a morir, el deber de la sepultura, la exigencia de reposar el cuerpo y ser a lo menos el recuerdo de un nombre en una piedra.

Es esa segunda muerte, esa muerte por olvido. Es como si nunca hubieran existido, como si jamás una madre hubiera tenido la paciente confianza de crecerlos sanos hacia este mundo, como si nadie los hubiera alimentado para que ellos, a su vez, ali-

mentaran a los demás. Es como si se les privara de tener historia.

Y lo que ocurre con los desaparecidos, simboliza —para muchos europeos y quizás para algunos norteamericanos— el trato que reciben actualmente los pueblos del Tercer Mundo, las naciones subdesarrolladas. Las multinacionales actúan con nosotros de un modo similar: que desaparezcamos del mapa de la civilización, que nuestra imagen rebelde o esperanzada o de miseria no ensucie ni inquiete sus autopistas y viviendas electrónicamente vigiladas. En el gran supermercado del futuro, sería como si nunca hubiéramos nacido, como si hubiéramos llegado tan tarde a la distribución de las palabras y las máquinas y los bienes, que ya no tendríamos derecho siquiera a una nota a pie de página en los libros de historia del mañana. Se nos quiere borrar como alternativa cultural, como mirar, como proyecto de mano que se agiganta: que seamos los proveedores de las materias primas o los proveedores de las playas o los proveedores del exotismo turístico.

Desaparecer es quedar sin raíces, es suponer que no tendríamos raíces desde las cuales crecer.

Por eso, estamos plantando árboles, instalando de nuestro lado la vida, ese inmenso aliado de la verdad y de la belleza y el porvenir.

Ese árbol se siembra en la tierra que se le niega al desaparecido. Ese árbol recibe el sol que se le niega. Y el aire. Y el cuidado. Y el abono.

El árbol dará hojas, fruta, sombra. Será plantado por manos holandesas, alemanas, búlgaras, mexicanas, canadienses, argelinas, germinará con flores extranjeras llevando el nombre de un chileno.

Me gusta pensar que aquellos árboles seguirán creciendo fuertes bajo esta brisa que conocimos, cuando los exiliados hayamos vuelto a Chile. Entregará semillas para otros árboles y vientos futuros que pasarán por las nuevas ramas y otros brotes y renovados gérmenes y de nuevo semillas en la primavera.

En estos años de muerte, después de una década de búsqueda y reveses, sé que hay nacimiento, lo sabemos. Que cada árbol y su resplandor prueban de que no habrá olvido. El bosque de árboles, el bosque de desaparecidos, el bosque del Tercer Mundo, está más vivo que quienes secuestran a esas personas en la noche supuestamente silenciosa y cómplice.

Arboles para combatir y derrotar contaminaciones que la muchacha ecológica quizás no podrá siquiera imaginar.

—¿Arboles?— me pregunta entusiasmada la muchacha de Pittsburgh, bajándose del ascensor.

—Sí— le digo.— Arboles.

Y no me queda tiempo para explicarle, a medida que se aleja por el *lobby*, que lo que hacemos es plantar un árbol por nosotros mismos.

Amsterdam, enero de 1980.

